

§ III. ESPEDICION DE LOS GRIEGOS CONTRA LOS PERSAS

Encargose del mando el hijo de Milciades, *Cimon* valiente y entendido como *Temístocles*, y probó como *Aristides*; que impelido por el doble anhelo de humillar á la Persia y engrandecer á Atenas, obtuvo en sus trabajos resultados maravillosos. La ocasion para emprender una guerra contra los Persas no podía ser mas oportuna; el hijo de *Jerjes*, *Artajerjes Longimano* (474) habia por fin logrado subir al trono, tras de una porfiada guerra civil sostenida contra el asesino de su padre. *Cimon* asoló toda la costa de Asia que halló indefensa; y al topar con los Persas, aniquiló á la vez su escuadra y su ejército de tierra. Suspendióse el curso de la guerra á causa de una derrota que sufrieron los Atenienses en Egipto, en donde ese pueblo el mas ambicioso de la Grecia, fue á suscitarse nuevos enemigos. El capricho popular arrojó á *Cimon* á un destierro; pero se lo alzó muy presto, para que pudiera prevenir la general conflagración, que por causa de la ojeriza de Atenas y Esparta amenazaba devorar á la Grecia entera: Los talentos y la irreprochable conducta de *Cimon*, calmaron el descontento que levantaron las soberbias exigencias de su patria; hizo deponer las armas á los *Esparciatas*, y estableció la supremacia de los Atenienses: al morir de resultas de las heridas recibidas en la postrer victoria que alcanzó de los Persas, puso el sello á su gloria forzando al gran rey, al monarca soberano del mundo oriental, á firmar el acta ignominiosa que reconocia solemnemente la independenciam de las colonias griegas del Asia-Menor (449). El imperio de *Ciro* habia temblado á la presencia de una ciudad de Grecia. Pasado un siglo, esta misma Grecia dará de él completa cuenta.

CAPÍTULO XIV.

HISTORIA DE LAS GUERRAS INTESTINAS DE LOS PUEBLOS DE LA GRECIA HASTA LA CONCLUSION DE LA GUERRA DEL PELOPONESO.

SUMARIO.

Atenas en el apogeo de su pujanza. Emulacion de los pueblos de Grecia. Ambicion de *Pericles*. Principios de la guerra del Peloponeso. Guerra entre Corcira y Corinto; estiéndose por toda la Grecia. Invasion del Atica. Peste de Atenas. Muerte de *Pericles*. Prósperos sucesos de los Atenienses en el Peloponeso. Sufren una derrota en Delio. Paz de *Nicias*, *Alcibiades*. Renuevase la lucha. Expedicion de Sicilia: *Nicias*, *Lamaco*, *Demóstenes*. Desastre de los Atenienses. *Alcibiades* en Esparta. Victorias de los *Esparciatas*, *Alcibiades* en Asia; su regreso á Atenas. *Lisandro*. *Calicrátidas* vence á los *Arginosos*. Destruccion de la flota de Atenas en *Egos-Pótamos*. Sitio y toma de Atenas por *Lisandro*. Fin de la guerra del Peloponeso.

La época del tratado de *Cimon* fué para Atenas el periodo de su mayor lustre. Las victorias que contra el gran rey habia reportado ostentábanla como la ciudad mas brillante y civilizada del orbe. Mostrabase al frente de su gobierno el hombre mas capaz para conservar la duplicada supremacia del poder y de las luces; *Pericles*, no menos ambicioso, pero tan elocuente y astuto como *Pesistrato*; que llevado del deseo de dominar á su patria con brillante poderío, concibió el plan de elevarla sobre todos los estados de la Grecia. La religion, el patriotismo, el interes fueron los resortes que *Pericles* puso en juego para sugetar la Grecia entera al predominio de Atenas. Con la mira de constituir á Atenas centro general de la union de los pueblos, propuso que cada estado contribuyera á restaurar los templos de Atenas para cumplir en ellos los sacrificios prometidos á los dioses que habian humillado el poder de la Persia. Aplaudieron el proyecto varias ciudades de las ya sometidas, mas á otras llenó de indignacion esa propuesta, y mayormente á *Lacedemonia*, de suerte que bien tubo razon *Pericles* en exclamation « que preveia como se adelantaba precipitadamente la guerra por la parte del Peloponeso. »

Mas de una vez se habia despertado la rivalidad entre Esparta y Atenas, que habia protegido indirectamente y abierto asilo en su territorio, á los Iotas y Mesenios, revelados contra sus dueños. En vez de proceder entrambas ciudades de comun acuerdo para castigar á Argos y Tebas, aliadas de los Persas en la guerra anterior; en la lucha que emprendieron entre si, Esparta y Atenas tomaron partido por una ú otra de entrambas, y Atenas logró derrotar la flota de los Espartanos. Poco sumisa fué la paz que subsiguió á este desastre. Enojado el Peloponeso entero por las desmedidas pretensiones de Atenas, acudió al amparo de Esparta. El germen de todas las divisiones lo alimentaba la politica egoista de Pericles, que es objeto por otra parte de los zelos de cierta porcion de sus conciudadanos: sintió la imperiosa necesidad que le apremiaba, de hacer surgir ciertos acontecimientos que hiciesen necesaria á su persona, y no se arredró ante las espantosas consecuencias de una guerra general.

Una querella que acertó á sobrevenir entre Corinto y Corcira, colonia suya, presentó plausible pretexto. Atenas se declaró en favor de los Piratas de Corcira contra los Corintios, aliados de Esparta (432). Esta solicitó altaneramente satisfaccion de su rival por los insultos que su despotismo cometia contra la mitad de la Grecia. Animado el pueblo de Atenas por Pericles, contextó con desenfado, y vino á comenzar la guerra del Peloponeso.

(431) Esparta tenia á favor suyo todo el Peloponeso, exceptuadas la Argólida y la Acaya; Atenas contaba con la Grecia central, las islas y una pequeña porcion de la Beocia. Esparta poseia un ejército de tierra mas poderoso, la flota de Atenas era mas considerable, y de ahí provino que el territorio del Atica quedase invadido: y las costas del Peloponeso fueran asoladas por toda la flota de sus enemigos. Jamas guerra alguna habia sido ni mas encarnizada, ni mas atroz. Un ejército de sesenta mil hombres conducido por el rey de Esparta, hace encerrar dentro de los muros de su ciudad á los Atenienses, y lleva á sangre y fuego sus campiñas: la peste no tarda en reunir sus horriblos destrozos á los de la guerra: el zelo ardiente del médico *Hipócrates* no es poderoso para resistir al contagio, que hiere con su ponzoña á Pericles mismo, quien sucumbe en medio de la consternacion general.

vanagloriándose de no haber obligado á vestir luto á ningun ciudadano. Las enfermedades y el hambre arrojaron lejos de los muros de Atenas al ejército esparciata; pero en épocas dadas renuevan sus invasiones anuales, y los Tebanos apoyados en el auxilio de sus fuerzas, asesinaron á sangre fria á los defensores de la república de Platea, sin que obstara á esta accion la inviolabilidad que solemnemente le prometieran. Los Atenienses á su vez llevan la guerra al corazon del Peloponeso; y reaniman la insurreccion de los Mesenios y de los Iotas: cae en su poder la flota de Lacedemonia: los Tebanos, reunidos en una sangrienta batalla, abandonan el partido de sus aliados, y acosada Esparta por todos lados, se ve en la dura alternativa de solicitar la paz (424).

Embriagada Atenas por su triunfo, desdeñó concedérsela; mas no tardó mucho tiempo en tener que arrepentirse de su vano orgullo. Su ejército fué completamente destrozado en Delio, en cuya jornada *Genofonte* el mozo debió su salvacion á *Sócrates*. Al propio tiempo unido el rey de Macedonia con Brásidas, general de los Espartanos, espulsaron á sus rivales de las costas de la Tracia. Entonces los Atenienses recibieron con júbilo la tregua que se les propuso: apesar de la cual, y con menosprecio de la fé jurada, dos generales Esparciatas comenzaron á dar nuevo impulso á las hostilidades; pero entrambos fueron muertos al principiarlas. Tratose entonces de afianzar la paz, cuyo objeto logró *Nicias* el Ateniense, concluyendo un tratado de alianza ofensiva y defensiva por un término de cincuenta años entre las repúblicas enemigas (422).

Mas eran sobrado violentos los odios para que esta transaccion pudiese permanecer largo tiempo subsistente. Otra vez la ambicion personal hizo retoñar una guerra, que debia ser funesta á Atenas, mas bien por las divisiones interiores que engendrara, que por los esfuerzos que provocaran de parte de sus enemigos. *Alcibiades*, heredero de Pericles, hombre dotado de un talento inmenso, pero ostigado de una ambicion todavia mayor, tomó á pechos aniquilar la influencia que adquiriera *Nicias* por la habilidad desplegada en sus negociaciones. Poniendo en juego toda clase de intrigas, incitó á los pueblos del

Peloponeso contra Esparta, que hubo de acudir otra vez á las armas para ocurrir á su defensa. Abrió las hostilidades con la victoria de Mantinea que alcanzó contra los aliados de los Atenenses; y estos, ciegos á los peligros que amenazaban la Grecia; nada escarmentados con el funesto esito de una expedicion contra la Macedonia, y escuchando solo los consejos interesados de Alcibiades, se abalanzaron á atacar la Sicilia, soñando en la conquista de todos los países comarcanos.

Dos grandes potencias se compartian entonces la Sicilia. Los Cartagineses, vencidos anteriormente por el rey Gelon, cesaron de pugnar contra Agrigento y Siracusa; y pacíficos poseedores de la parte occidental de Sicilia, andaban absorbidos en el comercio con los países vecinos. Siracusa era la ciudad mas pujante de toda la Sicilia, cuyo poder recibió todavía creces por la union que se efectuó con la ciudad de Gela, que desde el reynado comun de Gelon sobre ambas ciudades, no se separó casi jamas de la poderosa colonia de Corinto. Brillante habia aparecido la gloria de Siracusa bajo el reynado de *Hieron*, (478-467) vencedor de Agrigento (V. cap. 42) y dueño de toda la parte oriental de la Sicilia, mas celoso todavía de promover la gloria de las artes y de las letras, que no la de las armas, monarca que atrajo á su corte á los poetas *Simónides*, *Epicharmes* y *Pindaro*. Tras el reynado de tan ilustre príncipe los Siracusanos no sufrieron largo tiempo la tiranía de *Trásibulo*; sino que restablecieron el gobierno republicano en la ciudad (466) y en todas las poblaciones vecinas, y acogiendo otra vez los antiguos proyectos de dominacion, consiguieron vencer á los antiguos Siculos, humillar á Agrigento y aniquilar á los Leontinos, que se acogieron al amparo de los Griegos. Descubrióse entonces para los Atenenses el camino de Sicilia, objeto fijo de su constante ambicion. Poco trabajo hubo de costarle á Alcibiades el enderezarles por esta senda funesta asi que la ciudad poco importante de Eggesto hubo implorado de Atenas proteccion contra Siracusa.

Alcibiades tomó el cargo junto con Nicias y Lamaco de dirigir la flota, y sin que obstase una acusacion de sacrilegio que pesaba sobre su cabeza, salió y principió

la guerra con brillante exito (415). Naxos y Catania le abrieron las puertas, embelesados por el artificio de su elocuencia; Mesina estaba á pique de ceder á su intriga; pero en Atenas tenia adversarios que no podia supeditar. Una galera ateniense fue á Sicilia para arrancarle del teatro de sus primeros triunfos, y obligarle á defenderse de la acusacion que constantemente perseguía á su persona. Alcibiades entró en cólera y corrió á refugiarse entre los enemigos de su patria, mientras que sus conciudadanos le condenaban al último suplicio.

Desde aquella época se trocó la fortuna. Al paso que Nicias, cuyo dictamen era opuesto á la empresa que él mismo estaba encargado de dirigir, malograba un tiempo precioso deteniéndose en el asedio de algunas plazas, nada importantes, los Siracusanos recobraban sus brios, luchaban con constancia contra el ejército ateniense, y acudian á Esparta en demanda de socorro. Siguiendo los Espartanos el consejo de Alcibiades, enviaron á Sicilia al general Gilipo, tan perito como activo, y diéronse prisa á equipar la flota. El anciano Nicias malgastaba el tiempo levantando frente Siracusa un dilatado muro de circunvalacion y aguardaba sosegadamente el resultado de las divisiones intestinas que por bajo cuerda habia promovido en la ciudad; mas apareció el general Lacedemonio al frente de alguna tropa y dió muestras de su llegada por los rápidos sucesos que inmediatamente alcanzó. Casi al mismo tiempo (414) aportaba á las costas de Sicilia una flota numerosa.

Viéndose Nicias estrechado por mar y tierra, clama por socorro. Mándasele al general Demóstenes al frente de setenta y cinco buques y cinco mil hombres; pero en cuatro combates queda la flota destruida: introdúcese la peste en el ejército ateniense, que Gilipo tiene sitiado en su propio campamento. Sobrecogido de temor por un eclipse de Sol que acierta á ocurrir, intenta escapar é ir en busca de un asilo en el corazon de la isla. Síguete paso á paso el General Gilipo, pica sin cesar su retaguardia y por fin lo destruye completamente en una batalla en que caen prisioneros Nicias y Demóstenes gefes de las tropas enemigas.

Siracusa al verse libre usó de mucha crueldad en su

victoria, los esfuerzos de Gilipo no fueron poderosos á impedir que los dos generales fuesen condenados á muerte y apedreados, segun dicen, por los Siracusanos; á los soldados atenienses les destinaron á las minas y á las canteras, muchos de ellos debieron su libertad á los cánticos que entonaron en presencia de sus dueños, reproduciendo algunos pasages de Euripides, poeta favorito de los Siracusanos. «Al eco de aquellos versos los fugitivos hallaban por do quiera manjares y bebidas (Plutarco.)» Por este lado al menos Siracusa mostraba ser hija de la Grecia.

Todos estos sucesos eran resultados legítimos de la mansion de Alcibiades en Esparta. El decidió la expedicion de Gilipo, él hizo comenzar simultáneamente la guerra contra la Grecia propia. » Con el pelo raído hasta el cutis, con bañarse el cuerpo en agua fria, regalarse con pan moreno y el brebaje negro, supo hacerse suya la rudeza de espíritu de la Laconia, al par que allá en otro tiempo supo concitar las tumultuarias pasiones de la Atica. »

Consternada Atenas al contemplar los desastres de Sicilia se vió forzada á echar mano de los sagrados tesoros reservados para los momentos de supremo peligro. Agis, rey de Esparta, desolaba impunemente el Atica, cuyo terreno invadia. Los progresos de los aliados no quedaron suspendidos sino leves momentos por una victoria que consiguió el ejército de tierra de los Atenienses. Mas he ahí que Alcibiades hace cambiar de un golpe la suerte de la guerra.

Viéndose espulsado de Esparta en donde se habia concitado el odio del rey Agis y los celos de los grandes, fué á refugiarse con el Sátrapa Tisafernes, á quien habia ganado por amigo de la causa del Peloponeso. No pudiendo ser frio espectador de los ultrages que sufría su patria de parte de una ciudad enemiga, que habia dejado de ser la protectora de su persona; anudó el astuto Ateniense sus antiguas intrigas con los Persas, á quienes dejó pasmados por su lujo y su molicie, así como habia maravillado á los Esparciatas por su frugalidad; y logrando desquiciar la adesion del Sátrapa en favor de Lacedemonia, recabó de él que suspendiera el envio de socorros. Entretanto Atenas, que por la traicion de los Calcidios aca-

baba de perder la flota dirigia sus ojos hácia Alcibiades, como hacia su postrer recurso. Revocáronse cuantas imprecaciones estaban pronunciadas contra su persona, fueron depuestos sus acusadores, y decretaron con solemnidad el llamamiento del desterrado.

Alcibiades, empero, quiso regresar á Atenas, no como el condenado que obtiene su perdon, sino como el general que aparece triunfante despues de reportada la victoria (410). Derrotó la flota Lacedemonia, que tomándole por aliado le dejó aprocsimar sin desconfianza; y destruyó en Cizica las tropas reunidas de Espartanos y Persas. Los Eforos enviaron mensageros de paz, Atenas la rehusó con insolencia; y en el mismo momento Alcibiades pisaba los umbrales de la ciudad acogido por la admiracion y el entusiasmo de sus conciudadanos (407); revistiéronle de las insignias de gran sacerdote para celebrar los misterios de Eleusis; cediéronle la eleccion de generales, diéronle el mando supremo; el pueblo se adelantaba hasta á querer proclamarle por rey; mientras que callados sus enemigos, todo lo esperaban de la veleidad de los Atenienses.

Obligada Esparta á coger otra vez las armas, contrapuso á Alcibiades *Lisandro* digno adversario suyo guerrero habil, político sagaz «que sabia apañar la piel de la raposa con la del leon y engañar á los hombres con los juramentos, como suele entretenerse á los niños con el juego de la tala (Plutarco)». Logró apresar quince galeras á Alcibiades; y este ligero revés, dió en tierra con todo el prestigio que rodeaba al general ateniense. Separósele incontinentemente del mando, bien que facil tarea hubie-ra sido el reparar el contratiempo sufrido. Desde este momento no pareció sino que un espíritu de vértigo se hubiese apoderado de los Atenienses. A Lisandro sustituyeron los Esparciatas Calicrátidas, ciudadano austero, que se desdenó de admitir socorros de la Persia, y prefiriendo ser victima con su ejército á retroceder un paso delante de los Atenienses, fue muy pronto derrotado, y muerto en el sangriento combate naval de las *Arginusas*, dado por los diez generales sucesores de Alcibiades: los Esparciatas que conducidos por Calicrátidas habian tomado á los Atenienses, treinta galeras que capitaneaba *Conon*, almirante de Atenas; poco despues de es-

ta victoria perdieron setenta buques en la desastrosa jornada de las *Arginusas*: mas como ocurriese una tempestad, que privó á los vencedores de sepultar los cadáveres que resultaron de la lucha, el pueblo de Atenas formó causa á los almirantes y los condenó al último suplicio; barbarie atroz que decidió del éxito de la guerra.

A la muerte de Calierátidas (405) vuelve Lisandro á ejercer el mando; con sus amaños logra llamar al partido de Esparta á *Ciro* el mozo, gobernador del Asia-Menor, y obtiene de su parte socorros de consideracion. Con fingidas apariencias de recelo y de debilidad infunde en el ánimo de los Atenienses una confianza engañosa, y dejándoles en la tarea de deliberar el genero de maltratos que darian á los futuros cautivos que va á poner en sus manos la victoria, Lisandro carga de improviso sobre las galeras enemigas, reunidas en la embocadura del poco caudaloso Egos-Potamos, cuyas tripulaciones habian saltado en tierra. Apenas quedaron de la flota entera mas de nueve buques á los Eparciatas. Y ocurrido este desastre que fue como el señal de la defeccion general de los aliados de Atenas, la mayor parte de los puertos de mar acogieron á Lisandro, que se ostentaba como libertador. Llegó por fin frente del Pireo capitaneando una flota de 150 velas al propio tiempo que el rey Agis y Pausanias cercaban á Atenas por la parte de tierra (404). Mas Esparta no quiso aniquilar á su rival, contentose con imponerle condiciones harto duras, y los Atenienses se adhieron á volcar los muros del Pireo, á entregar al vencedor todas sus galeras, á la reserva de doce, á abandonar todas sus colonias, á concluir una liga ofensiva y defensiva con Lacedemonia, á admitir guarnicion y gobernador, y á recibir de sus triunfantes adversarios el régimen de gobierno que plugiera darles. Lisandro mortificó hasta con el escarnio á su humillada rival. Mandó comparecer ciertos mímicos con flautas y oboés; y al sonido de sus instrumentos derribaba las fortificaciones, y pegaba fuego á la flota en presencia de los aliados de Esparta, que celebraban el suceso con danzas y juegos, y llevaban ornadas sus cabezas con coronas. (Plutarco vida de Pausanias.)

CAPÍTULO XV.

HISTORIA DE GRECIA Y DE PERSIA DESDE LA CONCLUSION DE LA GUERRA DEL PELOPONESO HASTA EL ADVENIMIENTO AL TRONO DE FILIPO PADRE DE ALEJANDRO.

SUMARIO.

Tiranía de los Eparciatas. Los treinta. Asesinato de Alcibiades en Asia. Trasbulo liberta á Atenas. Guerra en Grecia. Darío Noto, rey de Persia. Guerra de Artajerjes Mnemon y de *Ciro* el mozo. Batalla de Cunaxa. Retirada de los diez mil. Hazañas de Agesila en Asia. Divisiones que estallan entre los pueblos de la Grecia. Agesilao es apeado del mando. Batalla de Coronea. Atenas socorrida por los Persas. Negociaciones entabladas entre Esparta y el Gran Rey. Tratado de Antalcidas. Pelópidas liberta la ciudadela de Tebas. Epaminondas. Batalla de Leuctres. Poderio de Tebas. Batalla de Mantinea. Muerte de Epaminondas. Tebas desaparece en la obscuridad. Turbulencias y revueltas en el imperio de los Persas. Ocos demanda socorros á los Tebanos. Decadencia.

Esparta hizo sentir el formidable peso de su yugo á los vencidos y habiendo elegido Lisandro treinta magistrados, ó mejor treinta tiranos para mantener á Atenas sumisa por la via del terror se desplegó un atroz despotismo. Prohibiose toda clase de reuniones públicas, los soldados mercenarios se ensañaban sin compacion contra los ciudadanos reunidos en las plazas públicas; multitud de personas ilustres y tambien de habitantes infelices fueron sentenciados á muerte sin forma de juicio por *los bebedores de sangre*; que llegaron á degollar á un compañero suyo llamado Terameno, que osó oponerse á sus excesos. «Los mas furiosos eran caracterizados como los mas fieles. Los mas pérfidos como á mas capaces y la moderacion natural del hombre viose trocada en ferocidad salvage.»

Entonces los Atenienses se acordaron de Alcibiades que se hallaba refugiado en Frigia con el Sátrapa Farnabazo Mas la suspicaz crueldad de los treinta fué á buscarle hasta en aquel asilo y cediendo Farnabazo á las intri-

gas de Lisandro, envió contra Alcibiades un cierto número de soldados, que temerosos de aproximarse á su persona, le mataron desde lejos á flechazos; A un ateniense espulsado de su pais por los tiranos, á *Trasibulo*, cupo la gloria de libertar á su patria. Púsose á la cabeza de un crecido número de expulsos, apoderóse de un fuerte vecino á Atenas, y derrotó el ejército de los Treinta, quienes malavenidos entre sí, y acosados por el pueblo, huyeron de Atenas dejando el poder en manos de diez magistrados, que apelaron al socorro de Lisandro: pero Esparta comenzaba á recelarse del poder y de la ambicion de su general. El rey *Pausanias* fué en persona al frente de su ejército, para aprisionar á Lisandro, abolir el gobierno de los diez y completar el triunfo de *Trasibulo* (401).

Proclamóse inmediatamente una amnistia y quedó restablecido el gobierno democrático; la muerte del sabio Sócrates condenado á beber la Cicuta, fue el precursor de la restauracion de la libertad en la ciudad mas ingrata de la Grecia.

Bien que Esparta hubiese concurrido por si misma á efectuar la libertad de su rival, no abandonó sin embargo sus dominadores proyectos; y valida de pretextos triviales emprendió varias guerras contra Argos, Tebas y Corinto, que reusaron someterse al yugo de sus leyes. Semejantes escisiones, renovadas frecuentemente por la ambicion de los gefes de Esparta, gastaban paulatinamente en combates inútiles las fuerzas de la Grecia, preparándola á tener que acudir algun dia á solicitar la proteccion de aquella misma Asia, que en tiempos mas remotos habia sido por ella supeditada.

Impelidas por intereses particulares las dos razas rivales se habian reconciliado mas de una vez. En tiempo de la guerra del Peloponeso los subsidios de *Dario Noto* contribuyeron eficazmente al triunfo de los Espartanos: y dando pábulo de esta suerte á sus desórdenes la Persia satisfacía contra la Grecia su particular venganza. *Dario* falleció el año mismo de la presa de Atenas (404) y dejó por sucesor del trono á su hijo primogenito *Artajerjes II Mnemon*: *Ciro el Mozo* simple gobernador del Asia menor, puso todo su conato en grangearse el apoyo de los Griegos para disputar el imperio á su hermano: enfregó

á este fin cantidades exorbitantes á Lisandro, é hizo regalos magnificos á los capitanes Griegos: A este llamamiento respondieron Lacedemonia, Tebas, Megara, Arcadia y Tesalia, quienes desembarcaron en el litoral de Asia trece mil hombres de lo mas florido de sus ejércitos. La ambicion habia impulsado á *Ciro* á atentar contra la vida de su hermano y debió á los ruegos de su madre el libertarse de un castigo merecido. Mas animado todavia á la revuelta por la clemencia misma de *Artajerjes*, y sostenido por los trece mil griegos, púsose en marcha para la Mesopotamia en donde topó con el innumerable ejército del Rey. Trabose la pelea junto á *Cunaxa* (401). Los Griegos pusieron en derrota á cuantas tropas estaban á su frente, pero *Ciro el Mozo*, pereció en la demanda; y *Artajerjes* quedaba á la verdad vencido pero libertado de su rival. Reducidas las tropas Griegas á diez mil hombres, emprendieron el camino para regresar á su patria. Entonces comenzó aquella famosa retirada de los diez mil celebrada por *Genofonte* que tras haber sido el héroe de la misma, quiso ser despues su historiador. Faltos de gefes, que cayeron victimas de una traicion infame, molestados continuamente por un enjambre de tropas, cruzando rios, montañas y desiertos con una energia que no se desmintió jamas, atacados sin descanso y sin descanso vencedores, alcanzaron por fin las costas del Asia Menor, y en número todavia de ocho mil quinientos hombres volvieron á pisar el suelo de su patria.

Lacedemonia acogió en su seno á esa tropa de héroes, que no fué dado al Asia arrebatár á la Grecia (399), é impertérrita al declararse altamente adversaria del gran Rey, se preparaba á sostener con dignidad el brillante papel á que debia su triunfo conseguido sobre Atenas. La gloria del Esparciata *Agésilao* iba á competir con la del Ateniense *Cimon* (397). Este hombre aminente invadió con estremada rapidez el Asia Menor sin que le arredrasen las intrigas de Lisandro, celoso de su poder; derrota al Sátrapa *Tisafernes*: acepta sumas considerables con que el sucesor de este Sátrapa redime su provincia de la proximidad del invasor, el cual emplea esclusivamente estos caudales para hacer una guerra mas terrible; y dejando admirada á la voluptuosa Asia por la sobriedad de las tropas que dirige, y llenando de espanto por la disci-

plina y valor que las distingue á los numerosos ejércitos que se presentan para contrarrestarle, acosa de provincia en provincia á Farnabazo el mas poderoso de los Sátrapas del pais. Los pueblos se levantan en favor del Griego triunfante; la revolucion que ocurre en Egipto promete á sus hazañas una diversion util; Genofonte amigo de Agesilao le incita á provocar la conquista del Asia: y al impulso de tales elementos se dirige contra el corazón del imperio.

La emulacion de Atenas contra Esparta salvó al gran Rey de su ruina. Organizóse una liga contra la ciudad que sostenia con tanto brillo la causa de la Grecia entera, y Artajerjes no se descuidó de proveer á los aliados de fondos y de buques. Ciertos oradores asalariados tomaron á su cargo despertar ojerizas envejecidas; Corinto, Argos, Tebas y Atenas, reunieron sus soldados contra los Esparciatas, quienes preparados á la resistencia pusieron á la cabeza de sus tropas el anciano Lisandro; mas vencido por traicion, y destruida pocos meses despues la flota lacedemónia por Conon, general de las galeras de Atenas; vino el caso de llamar á Gesilao.

Regresado á Grecia el vencedor de Artajerjes, supo sostener dignamente su elevada reputacion, y ganó sobre los aliados la tremenda batalla de *Coronea* (394), no sin derramar lágrimas sobre unos trofeos salpicados con la sangre de tantos Griegos; y acertó á procurar una tregua á las tristes disenciones de la Grecia, haciendose llevar cubierto de honrosas heridas á Delfos para consagar allí los despojos adquiridos en el Asia. Atenas no tuvo entonces reparo en volver á añadir su alianza con los Persas y merced á los tesoros de estos pudo concluir sus murallas.

Bien conocieron los Esparciatas cuan imposible les fuera luchar á la vez contra Atenas y Persia. Entabláronse pues negociaciones con el gran Rey, que llevó á cabo cierto sugeto llamado *Antalcidas*, hombre elocuente y sagaz, pero desconceptuado por la corrupcion de sus costumbres: mas este indigno representante de Esparta, apesar de toda su pericia, no supo obtener mas que un tratado vergenzoso que los historiadores designan con el nombre de *paz de Antalcidas*. La cláusula principal de este tratado estipulaba que todas las ciudades griegas del Asia menor, la Isla de Chipre y la península de Clazomenes

quedarían en posesion de la Persia que seria declarada soberana absoluta de ellas, y que el Estado que quebrantase esta convencion incurriria en la cólera del gran Rey. Grande distancia mediaba del fundamento de este tratado al que con tanta gloria estipuló Cimon (387).

Merced á esta humillacion pudo Esparta continuar su peditando á la Grecia; pero el abuso mismo de su poder vino á causar su perdicion. Habiase apoderado en plena paz de la ciudadela de Tebas y estableció magistrados propios en la ciudad, *Pelopidas* tramó una conspiracion contra sus opresores, un traidor puso en mano de los magistrados reunidos en un festin un papel en que se descubria los proyectos de los conjurados: «dejemos para mañana los asuntos que piden circunspeccion. «Dijo uno de los Espartanos, sin poner siquiera los ojos sobre el billete. Pero al dia siguiente todos ellos fueron muertos ó expulsados de la ciudad, y Tebas habia recobrado su independenciam.

Esta revolucion dió la señal de principiar una lucha que elevó repentinamente en primera linea á esa ciudad hasta entonces obscura y nula por su influencia. *Pelopidas* rompió las hostilidades, opusieronle á Agesilao que no estaba acostumbrado á dejarse vencer; pero sus victorias mismas, llegaron á enseñar la guerra á los Tebanos, quienes al traves de mil derrotas y sustentados por un valor tenaz, ganaron para sí aliados, se apoderaron de varias poblaciones, y por último se presentó á la cabeza de los ejércitos de Tebas, un héroe, *Epaminondas*, ciudadano noble y opulento, educado en los principios austeros de la filosofia de *Pitágoras*, y cuya estremada modestia le retenia oculto en la obscuridad, cuando Tebas supo en honor suyo descubrir y apreciar su talento. En cuanto este grande hombre se reunió con *Pelopidas* el éxito de los combates no fué dudoso; en *Leuctres* mató cuatro mil hombres al enemigo, entre los cuales habia uno de los reyes de Esparta (371). *El batallon sagrado*, que dirigia *Pelopidas*, decidió del éxito de la lucha.

Esparta sufrió este desastre con una firmeza de ánimo digna del pueblo de Leonidas. Los parientes de los que habian sucumbido en *Leuctres* se vistieron de gala, al paso que las familias de los cobardes, que apelaron á la fuga para salvar su vida, dieron señales inequívocas de

su profundo dolor. Agesilao levantó otro ejército, interin se agrupaban en torno del vencedor Epaminondas las tropas de muchas ciudades. Setenta mil hombres invadieron la Laconia, y menester fué que Agesilao desplegara toda su pericia para simultáneamente, ahogar una sedicion en Esparta misma, y dividir y aniquilar las fuerzas de Epaminondas, que obligado á retroceder, fué apeado del mando al regresar á su patria.

Tébas se ostentaba la primera de todas las ciudades enemigas de Lacedemonia y adquiria nuevos bríos por la alianza con Artajerjes rey de Persia; pero este poder comenzaba á dar recelos á la Grecia y Atenas misma propendia hácia el partido de los vencidos. Los Arcadios aliados de los Tebanos perdieron junto á Medea (367) *la batalla sin lágrimas* que no costó un solo hombre al vencedor, y algun tiempo despues pereció Pelópidas combatiendo contra un tirano de Tesalia. Por segunda vez los Tebanos pusieron a Epaminondas al frente de sus tropas, y por otras tres veces sus rápidas correrías llenaron de pavor á los Lacedemonios. Esparta llegó á ver á los estrangeros al pié de sus murallas; mas el anciano Agesilao sin que le detuvieran sus ochenta años, rechazó á los enemigos y salvó á su patria. Encontráronse por fin en *Mantineia* (363) las tropas de entrambos partidos. Engruesaban las filas del ejército Tebano las tropas de Eubea y de Tesalia, al paso que los Eleos, los Aqueos y los Atenienses hacian causa comun con los Espartanos, Sallieron vencedores de la lucha los Tébanos, pero su general fué mortalmente herido; y al ver que sus amigos se lamentaban de que tan grande hombre muriese sin dejar sucesion: «dejo dos hojas inmortales, respondió, Leuctres y Mantineia.» Suficiente fundamento para su gloria. Pero como á él solo era Tébas deudora de su engrandecimiento, volvió luego á caer por propio peso en su antigua oscuridad.

En todo este período la Persia no se había desviado de aquella política de division que le proporcionó el tratado de Antalcidas, pero ella misma se hallaba atrabajada por una division todavía mas profunda. Ni la revolucion de muchas provincias, ni la sublevacion de Egipto pudieron desviar á Artajerjes de sostener á los Tebanos contra los Eparciatas. Y echóse de ver como Esparta obligada á

apelar al socorro de Agesilao llamándole desde el corazon del Asia, le mandó á Egipto en donde este principe tuvo la honra de administrar los negocios por cierto período de tiempo. A los ochenta y cuatro años de edad este principe concluyó su brillante carrera en las costas de Libia, á donde le arrojára una tempestad (364). En la misma época falleció Artajerjes sin haber acertado á restablecer la union y la paz en su dilatado imperio. El reinado de su hijo *Oco*, fué agitado por continuas revueltas: *Artabazo* sátrapa de la Jonia, sostenido por los Atenienses y los Tebanos, acuchilla á un ejército de setenta mil soldados y entonces el gran rey solicita á su vez el apoyo de estos mismos Tebanos á cuyos triunfos tanto habia cooperado Artajerjes, y logra arrojar del pais al sátrapa rebelde; mas en la Fenicia, en la isla de Chipre y en el Egipto estallan sublevaciones; Oco no sabe sostenerse sino con el auxilio de los estrangeros, y en el corazon de su imperio dos sátrapas Mentor y Bagoas usurpan el poder del soberano y no dejan al gran rey mas que la pompa y los títulos. El imperio de Ciro estaba amenazado de una disolucion general, interin las fuerzas reunidas de la Grecia iban concentrándose bajo la influencia de una nacion única y se preparaban á dominar el Oriente.